

¡Oh, la hidalguía española! ("El Mercantil Valenciano", Valencia,

26 mayo 1918).



Oh, la hidalguía española!

Leo en un insignificante diario local una insignificante noticia de Zaragoza, una menuda gacetilla, pero altamente simbólica. La gacetilla dice:

«En la carretera de Casablanca un trabajador llamado Carmelo Sánchez recibió una pedrada en la cabeza que le hundió el parietal, hiriéndole gravemente. Ha sido detenido Ernesto Hagle, súbdito alemán, que se entretenía en tirar piedras con honda.»

El suceso, como se ve, apenas interesa más que a Carmelo Sánchez y su familia, pero es altamente simbólico. Ese súbdito — no ciudadano — alemán se ejercitaba acaso en el manejo de la honda por si mañana u otro día tiene que lanzar con ella granadas de mano. En todo caso hacía ejercicio militar, y lo hacía en una carretera española, que es toda ella orégano, y sin cuidarse de que por allí anduviese algún español. Si es que no tomó a éste, a Carmelo Sánchez, de blanco — sin conocerle, claro es — para ejercitarse en el tiro. ¿Es que un español y España misma pueden servir más que de blanco para que esos súbditos se ejerciten en sus artes?

Alguna vez hemos pensado que en el torpedeamiento de buques españoles, con el consiguiente asesinato de algunos de sus tripulantes, puede entrar por mucho el querer impedir lo que han declarado esos súbditos, porque así se les ha antojado a sus dueños y señores — de que son esclavos — contrabando de guerra, pero que por algo debe de entrar también el deseo de ejercitarse en el torpedeamiento.

Una vez nos topamos en esta ciudad de Salamanca con un súbdito austriaco que, como alguien le hubiese tratado de espía, nos decía: «Espía? ¿Espía de qué? ¿Qué hay que espíar aquí?» Y le contestamos: «No hace falta que por ahora necesiten ustedes espíar nada aquí para que usted y sus compatriotas y aliados, los demás súbditos, se dediquen al espionaje; es para ejercitarse en el arte; el espía hasta en el desierto espíará.» Y que esos súbditos han tomado a España como campo de maniobras no cabe duda. Campo de espionaje, de soborno y de insolencia. Hay que oír a los vecinos de aquellas desgraciadas villas y ciudades en que están concentrados.

Después de hundir a mansalva buques españoles, cuando alguno de esos submarinos piráticos tiene que refugiarse de arribada forzosa en algún puerto español, como acaba de ocurrir en Cartagena, su tripulación, compuesta de súbditos a los que una criminal disciplina les ha borrado la conciencia moral que pudieran haber tenido, se pasea por las calles de la ciudad, en vez de esconderse avergonzada. Y menos mal si no se encuentran con algún troglodita, con algún asesínófilo, que les saluda reverentemente, o da un viva al kaiser o va a besarle la mano al comandante del barco pirático.

En el mismo aludido insignificante diario local leemos otra noticia telegráfica de Cartagena, que dice: «La oficialidad del submarino paseó por la población, entre la indiferencia del público.» ¡Entre la indiferencia! ¡Oh pueblo hidalgo! ¡Oh pueblo sufrido! ¿No será más bien envilecido? ¡Y si algún hijo, o padre, o hermano de alguno de los muertos por esos súbditos de los submarinos hubiese permitido algún naturalísimo desahogo contra esos... paseantes, habría que haber oído a la envilecida prensa troglodita! ¿Cómo habrían invocado nuestra neutralidad! Esta neutralidad que no es ya más que cobardía y vileza, sino algo peor.

El actual ministro de Estado, índice el más claro del rebajamiento moral a que ha llegado España y de su absoluta falta de dignidad, ofrecía al diputado socialista Indalecio Prieto llevar al Congreso las Notas que España ha dirigido a Alemania por cada torpedeamiento; pero lo que no ofreció es llevar las contestaciones a esas Notas, ni siquiera dijo si las hay. ¿Para qué? Alemania tiene que ejercitarse en el manejo de su honda guerrera, y si en tal ejercicio le hunde el parietal a España, la culpa es de ésta que no se aparta de la carretera.

Hay mentecatos que dicen que acabada la guerra, el imperio de los súbditos — no ciudadanos — nos indemnizará, y ampliamente, de todos estos daños, y hasta hay quien cree que la indemnización consistirá en ponernos bajo su protección, agregándonos a la Mittel Europa. ¡Y hasta hay un... profesor que ha hablado de la era germano-ibérica! ¡No es posible medir la abyección a que ha llegado el espíritu público español. Y cuando acabe esto, nos despreciarán todos — y con justicia; — pero más especialmente los súbditos honderos y sus amos y señores. «¿Qué buenos! ¡qué sufridos! ¡qué hidalgos son estos pobres españoles!», se dirán. ¡Oh, la hidalguía española!

Nos hundirán los barcos, nos matarán a sus tripulantes, o nos los apresarán, o los robarán, esparcirán impunemente por España sus mentiras todas, nos bloquearán si pueden, se valdrán de nuestros anarquistas para provocar conflictos, prepararán trastornos públicos para si les conviene, harán campañas políticas de difamación; pero... ¡oh, la hidalguía española!

Y luego se constituirán esos súbditos en una colonia masónica para envenenarlo todo, para intrigar y para procurar que se persiga al que diga a su respecto la verdad. Con un grotesco celo andan excitando el de nuestras autoridades para que no se le falte al imperlo que se ha puesto fuera de las leyes de la humanidad civilizada, de la civilización humana. Y todos esos súbditos repiten aquí, como papagayos, la lección que les enseñaron; todos vomitan la especie que les empapizaron disciplinariamente. Porque otra cosa tendrán, pero lo que es juicio propio...

Mas ellos pueden pasearse arrogantes y hasta provocativos entre la indiferencia pública española, entre esta indiferencia que no es sino vileza y nada más. ¡Oh, la hidalguía española!

Miguel de UNAMUNO.

